

## ARTICULO V.

*Estado de la iglesia griega y del christianismo en Oriente.*

Todavía conservaba la iglesia griega en el siglo XIII algunos endebles vestigios de su antiguo esplendor; y aun hubiera podido acercarse á él por las luces y zelo del patriarca Vecco, si hubiese perseverado en su union con la iglesia latina; pero quando despues de la muerte de Miguel Paleólogo se rompieron estos vínculos mal seguros, desde los primeros tiempos del emperador Andrónico II. vino á parar en estado mas deplorable. El mismo espíritu de cisma que hacia á los griegos tan obstinados en esta aversion á los latinos, ese mismo los dividia entre sí. En el seno mismo de Constantinopla habia muchas comuniones, que se miraban como enemigas, y que se trataban sin ningun miramiento.

Estas divisiones intestinas tenian su raiz en la deposicion de los dos patriarcas Arsenio y Joseph, á quien el emperador Paleólogo habia despojado sucesivamente de su dignidad; al uno porque rehusaba coronarlo en perjuicio de Juan Lascaris; al otro porque se oponia al proyecto de reunion con la iglesia latina; proyecto cuyo efecto deseaba con ansia Miguel. Entre tanto que estos dos patriarcas estuvieron excluidos de su silla, mirando los eclesiásticos y fieles que les eran afectos, como intrusos á sus sucesores, rehusaron comunicar con ellos y con lo demas del clero que se habia sujetado á estos nuevos prelados. En lo sucesivo fueron restablecidos Arsenio y Joseph; pero no por eso conservaron sus parciales ménos odio contra los que los habian abandonado. Los varios bandos estaban igualmente apartados unos de otros. No contentos con no comunicarse, se acometian, se injuriaban, y se entregaban mutuamente á todos los excesos, que caracterizan el odio mas irreconciliable.

El patriarca Atanasio, hombre duro y violento, que habia subido á la silla de Constantinopla el año 1289, por mediación del emperador Andrónico Paleólogo, hijo y sucesor de Miguel, no era á propósito para reducir los ánimos. Gobernó su clero con tanta altivez é imperio, que to-

dos se volvieron contra él. El disgusto se hizo general; y para evitar los efectos del odio que se habia grangeado tuvo que escapar. Llamado el año 1304 por el emperador que lo estimaba, porque era tan dócil y tan agasajador con él, como intratable con los demas, no se mostró ni mas afable ni mas humano en su gobierno, ántes por lo contrario, habiéndose juntado el resentimiento de su desgracia con la dureza natural de su índole, usó todavía de ménos miramiento con sus inferiores, que el que habia tenido en los principios. Quejéronse altamente; y haciéndose cada dia mas odiosa la persona del prelado, fué á buscar segunda vez su seguridad en el retiro. En el tiempo borrascoso de este patriarca, exasperados los ánimos y los corazones con sus malos procederes, estuvieron mas distantes que nunca de volverse á unir. Los arsenitas eran los que manifestaban las preocupaciones mas fuertes y el encaprichamiento mas difícil de vencer. Andrónico, que deseaba que se concluyesen estas sensibles disensiones, trabajó quanto pudo por hacerlas cesar. Convocó á los arsenitas, entró pacíficamente con ellos á examinar las razones con que pretendian justificar su cisma; y á pesar de lo enfadoso de semejante exámen, escuchó con paciencia lo que echaban en cara á sus contrarios, los razonamientos que estos les oponian, y las réplicas tanto de unos como de otros. Sus pretensiones eran exorbitantes; pero con todo no se les negó nada, porque se sabia que era mas fácil ganarlos por el interes, que convencerlos con razones. Los que hallaron ventajosa para sí su reunion consintieron en ella; pero los que no pudieron conseguir del emperador ni prelacías ni beneficios, se obstinaron en el cisma, ó volvieron á él.

Pero no era este todavía ni el único mal ni el mayor que alcanzaba á la iglesia griega. Es necesario subir mas allá de este siglo, para encontrar la raiz de las turbaciones que la agitaron por mas de 50 años. Llevaba hacia algun tiempo en su corazon el fomento de una heregía, que parecia demasiado sutil para llegar á hacerse jamas vulgar. Ya hemos dicho, hablando de los escritos de Simeon, abad de san Mamas de Constantinopla en el siglo XI, que se habian levantado entre los monges griegos ciertos contemplativos, cuyas ideas sobre la union del alma con Dios tenian mucha relacion con las de los quietistas modernos.

Llamóse á estos monges hesicastos, palabra griega que tiene la misma significacion que la voz quietista. A los principios no formaron secta formal, y el modo como se manejaban no daba indicios de que deseasen perturbar la Iglesia con sus opiniones; pero con el tiempo se hicieron alborotadores y fanáticos, tanto como los mas fogosos sectarios que les habian precedido.

Los primeros hesicastos se gloriaban de ser discípulos del abad Simeon; pero aunque pretendiesen haber bebido su doctrina en sus obras, añadieron á sus máximas de espiritualidad tantos sueños, que muy pronto se desfiguraron. Léjos de seguir las huellas de los monges antiguos, tan prudentes y tan discretos en todas sus prácticas, se creían estos nuevos contemplativos mas versados que ellos en las cosas espirituales. No procuraban elevarse á Dios meditando como ellos las grandes verdades de la religion, y alimentándose con la substancia de las santas escrituras; sino que el método que habian inventado, hubiera convenido mejor á unos charlatanes, que divierten al populo con el fin de engañarlo con mas seguridad, que no á unos hombres enamorados de la hermosura celestial, que buscan en la oracion los medios de unirse con Dios, en quanto es posible, á la criatura racional estarlo acá en esta vida.

Quando estos falsos místicos se ponian en oracion, se agitaban, y volbian la cabeza, meneaban los ojos de un modo indecente, y hacian esfuerzos increíbles para excitar en sí aquella turbacion y conmocion que se experimenta quando la cabeza ha recibido impresiones violentas. A esto llamaban desasir el alma de los objetos visibles, imponer silencio á las pasiones, y elevarse sobre todas las cosas criadas. Con la violencia de estos movimientos se les turbaba la vista, y los objetos que al principio se le habian confundido, parecia que despues se alejaban y desvanecian. Entónces ya no tenían mas que unas sensaciones confusas, á las quales no correspondia ninguna idea clara, ni ningun pensamiento fixo. En este estado, comprimido su cerebro con los vasos sanguinos que se habian hinchado, imprimian en las fibras nerviosas aquellas vibraciones prontas y vivas que hacen ver luces semejantes á los relámpagos. La imaginación se calentaba tambien, y venia á juntar sus fantasmas con las ilusiones de los sentidos. Entón-

ces tenían aquellos resplandores por una luz celestial, y los miraban como un rayo de la gloria de los bienaventurados. Para colmo de extravagancia, creían que mirándose al ombligo se les presentaba esta luz divina.

En los principios se trató de visionarios á estos pretendidos alumbrados: desprecióseles, y se les dexó entregarse á sus sueños en lo interior de sus retiros. En esta obscuridad permanecieron hasta principio del siglo XIV., que un monge del monte Athos, llamado Gregorio Palamas, que habia renunciado honores y fortuna por darse á la vida contemplativa, adoptó las reglas que habia dado el abad Simeon para guiar á los místicos en la vida interior, se llenó de las ideas que los hesicastos habian añadido á ellas, y empleó todo su entendimiento y alcances para acreditarlas. Escribió sobre estas materias delicadas, en que la ilusion toca de tan cerca á la verdad. Examinó la naturaleza de esta luz, que descubrian los contemplativos en su ombligo; pretendió que era la misma luz que se habia dexado ver en el monte Tabor; que era increada, eterna, incorruptible; que sin ser la misma esencia de Dios, dimanaba inmediatamente de ella; por último, que esta era una operacion de la divinidad, su gracia, su esplendor, su gloria inmortal, que se comunicaba á las almas desprendidas de la materia y los sentidos. Habiéndose esparcido los escritos de Palamas, salió de su primera obscuridad la secta, cuyos principios habia desentrañado. Los que pasaban por mas versados en el arte divino de la oracion, hicieron prosélitos, y tuvieron muy en breve un crecido número de discípulos y de seqüaces llenos de zelo, en el clero, en el pueblo, entre los obispos, y aun en la corte, en donde no se daba acogida á las novedades con ménos ansia que en qualquiera otra parte.

Los palamitas que es el nombre que se dió á los nuevos místicos, despues que Palamas se hizo su caudillo, no fueron aprobados por todos, ni su doctrina tocante á la luz increada dexó de tener contrarios. El que se distinguió mas en esta disputa, cuyo fondo era tan frívolo, fué un monge de Calabria, llamado Barlaam. Impugnó fuertemente la opinion de Palamas y de sus discípulos; defendió que la luz del Tabor era criada; y que la bienaventuranza de los santos en el cielo no consistia en gozar

de esta luz. Este tuvo tambien parciales, y desde entón- ces se encendió una reñida guerra entre los dos caudillos y los dos partidos que se habian acogido baxo de sus banderas. El de Barlaam era el ménos numeroso y el ménos protegido. Otro monge, llamado Acyndino, se juntó con él contra los defensores de la luz increada. Ambos peleaban con igual teson. Pretendian hacer ver que los palamitas admitian muchas deidades, dimanadas de la deidad primitiva y substancial, puesto que reconocian muchos seres increados. La razon y la autoridad de los antiguos estaban por Barlaam; pero Palamas tenia de su parte el mayor número y el favor.

En disputas de este jaez regularmente hace importan- tes las quëstiones controvertidas el enardecimiento de los ánimos, mas bien que el mérito del objeto. Esta de que se trataba entre Palmas y Barlaam, pareció digna de toda la atencion de los primeros pastores. No se creyó que pudiese ser una cosa indiferente el enseñar que la luz del Tabor y la que iluminaba á los palamitas en sus éxtasis fuese increada ó criada, eterna ó accidental, ema- nada de la esencia divina ó extraña de ella. Pensóse que no convenia dexar indecisa la cosa, sino que era impor- tante para el bien de las almas y la pureza de la fe, el sentenciar entre dos opiniones, de las cuales una precisa- mente habia de pertenecer á la verdad, y otra al error.

El patriarca Juan de Apri congregó dos concilios en la ciudad imperial, el uno el año 1341, y el otro el de 1345, para decidir la disputa. Barlaam se presentó en el primero, y Acyndino en el segundo; y aunque apretaron á sus contrarios con tanto vigor como sutileza, no por eso se declaró en su favor la victoria. Decidióse que la luz del Tabor era increada y divina, y sin hablar de la que veian los palamitas en sus piadosos enagenamien- tos se impuso silencio á entrambos partidos, y se prohibió con pena de excomunion el acusar de heregía á los monges del monte Athos y sus discípulos, por cau- sa de las prácticas á que estaban dados, y de las opi- niones que seguian.

Ensoberbecidos con esta doble victoria los palamitas, no pusieron límites á sus pretensiones, y quisieron con- vertir ó sujetar á todos los que hasta entónces no habian pensado como ellos. Este es el paso regular de todas las

sectas: si débiles y obscuras en sus principios se les quiere reprimir, claman injusticia y persecucion: si han hecho algun progreso, y llegado á gozar de algun crédito, pro- curan engrandecerse y dominar; y por último, si por el favor y el artificio han conseguido el dominio, en- tónces persiguen. Los discípulos pues de Palamas siguie- ron las pisadas de todos los sectarios que les habian pre- cedido. Extendieron por todas partes sus escritos; se jactaron de ser ellos solos los que tenian las llaves de la ciencia y el secreto de la verdadera piedad; se introdu- xeron en las familias para hacer prosélitos; pintaron á Barlaam y á sus parciales como enemigos de la virtud, impios, que blasfemaban contra Dios y sus divinas ope- raciones. Como la novedad agrada siempre, se les dió oídos; y á poco tiempo no se veian ya en la ciudad im- perial mas que entusiastas que oraban sin cesar, con los ojos clavados en el ombligo, esperando la gloria del Ta- bor. Todo se dexaba por entregarse á este exercicio. Las artes y oficios iban descaeciendo, las varias funciones de la vida civil estaban abandonadas, las familias se halla- ban en confusion, las mugeres y los niños carecian de todo; entre tanto que los maridos y padres hacian ri- dículos esfuerzos para merecer gozar, como una infini- dad de otros, de la luz increada, objeto de todos sus deseos: Constantinopla en fin estaba llena de turbacion y confusion.

El patriarca Juan de Apri no pudo ver sin sobre- salto estos excesos de los palamitas, que á nada ménos conspiraban que á trastornar toda la sociedad. Prime- ro hizo quanto pudo valiéndose de amonestaciones y avi- sos para contenerlos; pero conociendo ellos sus fuerzas y la multitud de sus parciales, no cedieron, ni á sus exhortaciones, ni á sus órdenes. El patriarca no vió pues otro remedio contra esta epidemia; que echar á los que la propagaban. Congregó un sínodo, compuesto del pa- triarca de Antioquia y de muchos obispos, en el que se condenó á Gregorio Palamas, sus opiniones, y tambien á sus sequiaces. Esta ignominia de los palamitas no fué mas que pasagera. Valiéronse del crédito que tenian para vengarse de la afrenta que se les acababa de hacer. El pa- triarca Juan fué su primera víctima. Hiciéronlo deponer en un concilio, cuyos miembros todos eran de su secta;

y poco faltó para que pusiesen en su lugar al mismo Palamas; pero habiendo encontrado demasiadas dificultades en este proyecto, tuvieron á lo ménos poder para hacer elegir á Isidoro, obispo de Monembasa, su amigo, y consiguieron de este modo un triunfo completo contra sus contrarios. Algun tiempo despues fué ensalzado Palamas á la silla de Tesalónica. La emperátriz Ana, viuda de Andrónico Paleólogo y Juan Cantacuzeno se mezclaron en estas disputas, porque el gobierno se hallaba en circunstancias en que creia poder sacar alguna utilidad de los palamitas, por causa del crecido número de ellos.

Los parciales de Barlaam y de la luz creada murmuraron altamente contra todo lo que acababa de hacerse. La promoción de Isidoro y de Palamas les parecia insufrible; porque esto era, decian ellos, trastornar las reglas y menospreciar los cánones que prohibian ensalzar á obispos á quien los sínodos habían condenado. Acusaron á los dos nuevos preladados de blasfemia y de heregia; les imputaban admitir dos deidades, y profesar una doctrina, evidentemente reprobada en el evangelio; y en consecuencia de todos estos agravios, cuya prueba prometian dar, se separaron de la comunión del patriarca Isidoro. Este paso ruidoso aumentó la conmoción de los ánimos, y renovó en la iglesia de Constantinopla, ya tan alterada, las turbaciones que se habían tanteado apaciguar. Congregóse nuevo concilio, que era el quinto que se celebraba sobre este asunto. El emperador Juan Cantacuzeno asistió á él, y se hubo mas bien como teólogo, que como príncipe. El mismo expuso al congreso los puntos de doctrina sobre que tenia que deliberar; se hizo cargo de todas las razones, ó por mejor decir, de todas las sutilezas, en que ambos partidos apoyaban sus opiniones, y manifestó una erudicion, que no parecia poderse esperar de un príncipe. La resulta de todo este grande aparato fué la condenacion de Barlaam, de Acyndino, y de sus parciales. Decidióse que las órdenes conferidas á Isidoro y á Palamas eran válidas; que su doctrina era ortodoxa; que la luz del Tabor era increada, y que aquella de que los nuevos contemplativos gozaban en la oracion, era, como ésta, una emanacion de la esencia divina. Despues de esta decision triunfaron sin obstáculo los palamitas, y persiguieron impunemente á

quantos rehusaron comunicar con ellos, y aprobar sus opiniones. Esta extraña secta se fué perpetuando de siglo en siglo, aunque con el tiempo llegó á ser ménos numerosa, y de menor poder. Con todo, hay quien asegure que entre los monges griegos de nuestros dias existen todavía muchos que no estan ménos encaprichados con estas visiones, que los del siglo XIV.

Viendo al emperador presidir concilios, y hablar como teólogo en las juntas de obispos, se renueva sin duda lo que hemos dicho en otra parte acerca del poder arbitrario que exercian los soberanos de Constantinopla sobre todas las clases del clero nacional. No se deshicieron de esta autoridad despótica, que ensalzaba y disponia á su arbitrio de los prelados. Por esta causa se vió en la época de que tratamos la primera silla de la iglesia griega sucesivamente ocupada por un Niphon, hombre sin letras, de una ignorancia intolerable en un lego, y que aun no sabia escribir; por un Geraismo, viejo simple, incapaz de hacer nada por sí solo, y no ménos ignorante que cobarde; por un Isaías, monge del monte Athos, ageno de ningunos conocimientos; y por mucho tiempo excluido de las órdenes sagradas por sus delitos; y por algunos, en fin, igualmente indignos de un puesto tan sublime. Lo mismo sucedia á proporción con las otras sillas episcopales en las ciudades que dependian todavía de los emperadores griegos. Colocábase en ellas á hombres ignorantes, viciosos, indolentes, que no tenian otro mérito que la docilidad; que jamas sabian resistir, y á quienes en ningun caso se les veia preferir la desgracia, quando es inseparable de la obligacion, á los favores comprados con una baxeza.

Si el estado de la iglesia de Constantinopla, y de las que dependian de ella, apénas se podia comparar con aquellas ruinas que representan todavía la antigua magnificencia de los edificios, de que son tristes vestigios, no era ménos deplorable el de las otras iglesias de Oriente. Miéntras que los emperadores, ministros, clero, grandes y pueblo se interesaban en unas disputas frívolas; que se congregaban concilios, y que se disertaba en ellos con gravedad sobre la luz del Tabor; talaban los turcos, sujetaban, se hacian dueños de todo, y echaban el christianismo de todos los lugares, en donde el culto de Mahoma no habia tenido entrada todavía.

El patriarca de Alexandria estaba desterrado, el de Jerusalem habia sido echado de su silla, y la de Antioquia estaba vacante. Ya hemos observado que en la sucesion de estas grandes sillas habia mucha duda y obscuridad. Los huecos que se encuentran en ellas interrumpen su serie, y es imposible llenarlos. Donde quiera que dominaban los turcos, que era desde el Eufrates hasta el Nilo, desde las fronteras del Arabia hasta las orillas del mar de Levante, gemian en opresion los christianos. Divididos en varias sectas, ignorantes y groseros, arrastraban sus cadenas en el oprobrio y el envilecimiento. La esclavitud y la miseria les habian hecho degenerar de todos modos, y los mas no seguian el culto de sus padres sino por costumbre, sin luces y sin instruccion.

En medio de estas agitaciones y pérdidas, que no cesaban de tener los griegos, causadas por el acero de los otomanos, volvian á menudo sus soberanos la vista hácia el Occidente para lograr de allí socorro contra los terribles enemigos que los acosaban por todas partes; pero estos socorros no podian esperarlos, en tanto que perseverasen en el cisma que los separaba de la iglesia latina. Vióse pues con admiracion al jóven Andrónico, cuyo abuelo habia destruido quanto el emperador Miguel habia hecho por la union, volver á este negocio el año 1379, y entrar de nuevo en negociacion con el papa Benedicto XII. El medio que sus enviados propusieron al pontífice, fué juntar un concilio general, al que los quatro patriarcas de Oriente, y los obispos de las principales sillas enviarian sus diputados. En este concilio decian que se examinarian pacíficamente todos los puntos en que andaban discordes las dos iglesias, y prometian que dada una decision, á que en concilio pleno hubiese precedido semejante exámen, se sujetarian los obispos, y reducirian los pueblos á la unidad. Respondióseles que todo esto se habia hecho en el concilio general de Leon: que la union de las dos iglesias se habia consumado en él con consentimiento de sus príncipes y prelados; que no se podia á cada paso volver á los mismos objetos; y además, que el dogma de la procesion del Espíritu Santo no debía sujetarse á exámen, porque la fe no se pone en compromiso. Esta respuesta contenia todo quanto podia decirse sobre el nuevo proyecto de union; no tuvo otras resultas, y las co-

sas se quedaron en el mismo estado en que estaban desde la muerte de Miguel Paleólogo.

La emperatriz Ana, viuda de Andrónico el Jóven, renovó la negociacion con el papa Clemente VI, siendo su verdadera mira el conseguir socorro contra Cantacuzeno, que habia tenido que tomar las armas para defenderse. Ofrecia a brazar la doctrina y ritos de la iglesia romana, si el pontífice y los príncipes latinos le ayudaban á triunfar de sus enemigos. Las circunstancias no permitieron proseguir este negocio, ni celebrar el concilio que pedian los griegos, y que habia concedido el papa; pero habiendo sido favorables á Cantacuzeno los acontecimientos, y pués-tole en el trono su buena conducta, pareció que entraba de buena voluntad en el proyecto de union que habia repetido la emperatriz madre, y á este fin envió diputados á la corte del mismo pontífice, quien los despachó tambien para Constantinopla. Acordaron por una parte y otra los medios que habia que tomar para conseguir esta union tan deseada y tan difícil de concluir; que siempre eran la celebracion de un concilio, adonde los patriarcas enviarian sus diputados, y en el qual se volverian á examinar los objetos en que tanto costaba á las dos iglesias quedar de acuerdo. Pero esta nueva negociacion no tuvo otras resultas que la antecedente, sin duda porque los latinos no podian consentir en examinar de nuevo unos puntos de doctrina que miraban, no sin razon, como decididos por sentencia de la Iglesia, y por la fe de todos los siglos. Que vengan aquí los griegos, decian ellos, á instruirse, á aclarar sus dudas, conferenciaremos gustosamente con ellos; pero si pretenden juzgar lo que no puede serlo ni por ellos, ni por nosotros, no se espanten de que nos neguemos á recibirlos.

El asunto de la reunion se volvió á tratar el año 1369, en tiempo del emperador Juan Paleólogo: y la franqueza que este príncipe manifestó en todos sus pasos, anunció mas solidez que la que se habia hallado en todo quanto se habia hecho hasta entónces. Pasó en persona á Occidente, y fué á Roma, en donde lo recibió el papa Urbano V. con las honras debidas á su clase y señales de un verdadero cariño. Entregó al sumo pontífice una profesion de fe, firmada de su mano, y sellada con su sello, en la que confesaba en términos claros y precisos la procesion del Espí-

ritu Santo, segun la cree la iglesia romana, las penas del Purgatorio, la oracion por los difuntos, la vision beatifica de que gozaban las almas enteramente purificadas, inmediatamente despues de la muerte, los siete sacramentos, lo válido del sacrificio eucaristico ofrecido con pan ázimo, la primacia de la iglesia romana, y la plenitud de la potestad espiritual, residente en los sucesores de san Pedro en la silla de Roma: esta declaracion concluia con una renuncia expresa del cisma, y una protesta de vivir y morir en la fé católica. Juan Paleólogo habia comunicado esta declaracion á los cardenales que habia nombrado el papa para conferenciar sobre ella con él. Habiéndola leído los comisionados, quedaron satisfechos; y Urbano lleno de regocijo admitió al emperador á su comunión. La ceremonia se hizo con un grande aparato. El papa, vestido de pontifical, y rodeado de todos los prelados de su corte, estaba sentado en un trono puesto en las gradas de la iglesia de san Pedro. El príncipe griego, adelantándose hácia él, hizo tres genuflexiones; y habiéndose acercado despues, le besó los pies, las manos y la boca. Hecho esto, se levantó el papa, cogió al emperador de la mano, y entonó el *Te Deum*: entraron juntos en la iglesia, en donde celebró misa el pontífice en presencia de un crecido número de griegos, y de un gentío inmenso que bendecía á Dios, derramando lágrimas. Pero no habiendo sacado Paleólogo de su sumision toda la utilidad que esperaba, no hizo nada, quando estuvo de vuelta en Constantinopla, para consolidar el tratado de union que habia jurado observar hasta la muerte y del mismo modo su hijo Manuel, que vino como él á Occidente á implorar el auxilio de los príncipes latinos, escribió en adelante contra el dogma de la procesion del Espíritu Santo. Por lo dicho se ve que todos los pasos dados para cortar el cisma eran efecto del temor á los turcos, y de una política puramente humana; y siendo poco sinceros y con ideas de interes, no es extraño que hayan tenido tan mal éxito.

## ARTICULO VI.

*Estado del christianismo en todas las naciones de Europa.*

El cuerpo christiano habia por precision de participar de los infelices efectos de las turbaciones y disensiones que agitaban casi á todos los estados de la Europa. Sin embargo por la historia de este siglo, así como por las edades antecedentes, vemos que la luz, el fervor, la regularidad, el zelo de la religion, y la práctica de las buenas reglas, se conservaban en Francia mas que en ninguna otra parte. El esplendor de la iglesia galicana se acrecentó en esta época con la ereccion de un crecido número de obispos, y con la creacion de una nueva Metrópoli. El obispado de Tolosa era sufragáneo de Narbona; y el papa Juan XXII. lo separó para formar la nueva metrópoli; pero concediendo este honor á la silla de Tolosa, dividió su diócesis en cinco partes, de las cuales quatro formaron el distrito de otros tantos obispos nuevos, que erigió en su territorio demasiado dilatado y poblado, para que un obispo solo pudiese gobernarlo con atencion, y cumplir puntualmente con todos los ministerios espirituales. Las quatro nuevas diócesis que sacó de él, fueron las de Rieux, de Lombez, de san Papoul y de Montalban. El pontífice mismo desmembró tambien la diócesis de Narbona, sacando de ella los obispos de Alet y de san Pons. La diócesis de Castres se tomó tambien de la de Albi, cuya silla no estaba todavia en la clase de las metropolitanas. Los obispos de Agen, de Perigó, de Clermont, y de Rhodas, divididos en dos por el mismo pontífice, dieron territorio á los de Condom, de Sarlat, de san Flour y de Vabres, que erigió poco tiempo despues. Tambien dividió en tres la diócesis de Poitiers, y en las dos porciones que separó, halló con que formar las de Luzon y de Maillezais. Esta última silla se ha trasladado á la Rochela á mitad del siglo XVII. Por último Juan XXII. sacó la diócesis de Tulles de la de Limoges, y dió obispos á las ciudades de Lavaur, y de Mirepoix.

Es de advertir que los mas de estos nuevos obispos